New approaches to humanism in Maria Zambrano's philosophy

Mª ÁNGELES JIMÉNEZ HERRERA

ABSTRACT

The present text delves on the importance of humanism in María Zambrano's thinking as a response to the social and political crisis she witnessed, in order to discuss the current relevance of her ideas. In this sense, Zambrano's philosophy allows to propose new guidelines for the development of humanism in contemporary society and thinking. This can be done from different fields such as art, philosophy or education; rooting on the importance that otherness presence reaps in Zambrano's ontology.

WORK TYPE

Article

ARTICLE HISTORY

Received:
31–May–2019
Accepted:
31–October–2019

Published Online:
30– September–2019

ARTICLE LANGUAGE

Spanish

KEYWORDS

Humanism
Crisis
Person
Transcendence
Education

© Studia Humanitatis – Universidad de Salamanca 2019

M. Á. Jiménez Herrera (✉)
Universidad de Granada, Spain
e-mail: jimenezherrera79@hotmail.com

Disputatio. Philosophical Research Bulletin
Vol. 8, No. 10, Sept. 2019, pp. 0-00
ISSN: 2254-0601 | www.disputatio.eu

© The author(s) 2019. This work, published by Disputatio [www.disputatio.eu], is an Open Access article distributed under the terms of the *Creative Commons License* [BY–NC–ND]. The copy, distribution and public communication of this work will be according to the copyright notice (https://disputatio.eu/info/copyright/). For inquiries and permissions, please email: (✉) boletin@disputatio.eu.

Nuevas vías para el humanismo en la filosofía de María Zambrano

Mª ÁNGELES JIMÉNEZ HERRERA

§1. Crisis de la sociedad contemporánea

MARÍA ZAMBRANO FUE TESTIGO de una crisis en Europa que se manifestó en todos los ámbitos. Esta crisis de carácter social, político, espiritual y cultural, que presentaba muchas similitudes con la que nosotros estamos viviendo, hace que el análisis que realiza la autora de la misma y la respuesta que da con su propuesta metafísica tengan una incuestionable actualidad.

Pero más allá de las particularidades que pueda presentar cada momento histórico, el cuestionamiento del valor del ser humano y de la identidad del mismo frente a una realidad social y política que lo anula, hace que Zambrano tienda puentes y encuentre similitudes con filosofías como las de Séneca, San Agustín o Unamuno, en sus intentos por rescatar el valor de la dignidad humana y el sentido del ser humano mismo, que una vez más debe volver a ser revelado. Porque, para la autora: «[...] la crisis muestra las entrañas de la vida humana, el desamparo del hombre que se ha quedado sin asidero, sin punto de referencia; de una vida que no fluye hacia meta alguna y que no encuentra justificación» (Zambrano 2012, pp.101–102).

La sociedad actual está necesitada de nuevos recursos de pensamiento, de humanismo, de filosofía y ontología, para poder reflexionar sobre la realidad, el espacio, el tiempo y, en definitiva, sobre la persona, buscando líneas de autocomprensión con uno mismo.

Esta sociedad que mira hacia un futuro incierto, tal y como analizó Zambrano, antepone los sistemas y las doctrinas al propio ser humano, de modo que se hace imposible atender a la realidad misma y preguntarse por la verdad. De este modo, es imposible que el individuo atomizado se trascienda, lo que le hace perder toda esperanza y caer en la soledad y el vacío.

> Mientras la vida se llenaba de instrumentos técnicos, de maravillas mecánicas, de *cachivaches* de todas clases, el alma y el corazón quedan vacíos, y las horas, al ser liberadas del trabajo opresor, transcurren más oprimidas todavía, porque están sujetas a la terrible opresión de la vaciedad de un tiempo muerto. La quietud se hacía imposible. Paralelamente a los medios de comunicación y a las posibilidades de ir y venir, el vacío se adueña de la vida (Zambrano 2012, pp. 74–75).

De nuevo se nos plantea el reto de la caverna platónica en medio de una realidad virtual que nos desborda y una mercantilización total de aquello que puede definir a lo humano reduciéndolo a una única faceta, la de productor o consumidor. Al mismo tiempo nos encontramos «volcados» en internet, mediatizadas las relaciones humanas y nuestro conocimiento de lo existente y de nuestras emociones se filtra a través de las pantallas que nos dicen qué es lo real y que reducen nuestra libertad, incluso nuestro yo, a una serie de algoritmos que pueden recrear nuestros gustos y anticipar nuestras elecciones, con lo que se ha dado en llamar el big data. En la novela distópica *Nosotros*, de Evgeni Zamiátin, en la que se describe una sociedad controlada por las matemáticas y unos individuos a los que se les ha anulado su interioridad, el protagonista sentencia: «Resulta perverso que un hombre que tiene facultad de pensar y ver, tenga que vivir entre irregularidades, incógnitas y equis» (Zamiátin, 2008, p. 229).

Vivimos externalizados de nosotros mismos y sometidos a un ahora inmediato y sin memoria, peligro al que se refería Heidegger en el §27 —«El ser–sí–mismo cotidiano y el uno»— de *Ser y tiempo* cuando hablaba de la existencia inauténtica o *das man*, el tipo de vida en la que el individuo no se responsabiliza de sus actos y vive en la trivialidad, en medio de una masa anónima que se guía por el «se dice» o «se piensa» (Cf. Heidegger, 2009, pp. 145-149).

Por otra parte, nadie cuestiona el innegable valor de los avances tecnológicos y científicos de nuestra sociedad, pero sí es cierto que aspectos fundamentales que tanto María Zambrano, como San Agustín o Henri Bergson —autores que tuvieron una influencia enorme en su filosofía— señalaban, como definitorios del ser humano, la intuición, la interioridad y la memoria[1], actualmente se consideren innecesarios cuando pueden ser sustituidos por información sobre el sujeto y lo que le rodea que se encuentra en internet,

[1] Las filosofías de Henri Bergson (Cf. Tejada, 2013) y San Agustín (Cf. Ortega Muñoz, 1987, pp. 327-346) influyen de forma determinante en la metafísica de María Zambrano. Esto hace que las características definitorias de la persona que plantea la antropología de la autora tomen características fundamentales de ambos autores como son la interioridad, la intuición, la memoria, la trascendencia, etc.

redes sociales, o impuesta por la dictadura de las tendencias, la publicidad o los medios de comunicación que convierte al individuo en un átomo social más, de carácter casi artificial, intercambiable por cualquier otro en pensamientos, gustos o preferencias.

O la inquietante necesidad de convertir al ser humano en un hombre–máquina y al mismo tiempo, que en las máquinas y los robots se desdibujen los límites entre lo humano y lo artificial, como magistralmente reflejan las películas *Metrópolis* (Fritz Lang, 1927), *Blade Runner* (Ridley Scott, 1982), u otras más recientes como *Her* (Spike Jonze, 2013) o *Ex machina* (Alex Garland, 2015), entre otras.

Según Zambrano, la razón profunda de esta crisis que se estaba produciendo en su época y que llega a nuestros días es el fracaso metafísico de la civilización occidental: «Hay, pues, un horizonte amplio que se tiende desde Grecia –la Grecia parmenidiana– a la Europa de Hegel, bajo el cual todo hombre ha sido racionalista, con un racionalismo fundamental que podía, inclusive, escindirse en teorías o "ismos" de enunciación opuesta. […] Hoy este mundo se desploma» (Zambrano 2004c, p. 98).

El hecho de que un racionalismo excluyente haya impuesto la razón discursiva como el único modo legítimo de acceso a la verdad y a la realidad, ha eliminado la intuición o revelación como modo de conocimiento de lo real, excluyendo la posibilidad del individuo de trascenderse. Dando lugar, en definitiva, a que la razón se imponga a la vida. Ya que, como analiza Zambrano: «La experiencia queda reducida a este solo punto del pensar sin asistencia, sin más asistencia que la del texto o la palabra recibida, haciendo el vacío, creando el olvido que resulta indispensable para que la filosofía se convierta en experiencia y en fuente de experiencia, para que se quede en saber que ocupa por entero el lugar de la mente humana, cerrándola a toda posible revelación» (Zambrano 2011c, p. 66).

§ 2. La propuesta filosófica de María Zambrano como respuesta a la crisis

La respuesta de Zambrano será buscar, al igual que Heidegger, una metafísica del sentir originario, pero que en el caso de la pensadora sea un saber que le devuelva la esperanza al individuo, ampliando para ello los límites a la razón. Un saber integrador que permita inaugurar un nuevo periodo metafísico:

> Entonces, en medio de tanta desdicha, los que vivimos en crisis tengamos, tal vez, el privilegio de poder ver más claramente, como puesta al descubierto por sí misma y no por nosotros, por revelación y no por descubrimiento, la vida humana: nuestra vida. Es la experiencia peculiar de la crisis. Y como la historia parece decirnos que se han verificado varias, tendríamos que cada crisis histórica nos pone de manifiesto un conflicto esencial de la vida humana, un conflicto último, radical, un «se puede o no se puede». Ya que la vida humana parece que es el territorio de la posibilidad, de las más amplias posibilidades y que la historia fuera el proceso de irlas apurando, hasta su último extremo y raíz (Zambrano 2012, p. 102).

En definitiva, como afirma Zambrano, «Se trataría pues de hacer posible la experiencia del ser propio del hombre, el fluir de la experiencia, una vez abierta su posibilidad, fluye inagotable, como la unidad cada vez más íntima y lograda de vida y pensamiento» (Zambrano 2011c, p. 61). Este nuevo saber será una metafísica en la que convergen y se desarrollan las inquietudes primeras que guiaron su obra, la razón poética, método filosófico en el que hay una recuperación del principio de intuición para hacerlo converger con el razonamiento; y algo fundamental para el tema que nos ocupa, una antropología entendida como una ontología, que busca el rescate de lo más profundo que hay en el alma y de la relación constitutiva de la persona como lo sagrado. Es decir, que lo que la autora busca es conocer la estructura metafísica del alma y de la realidad misma, pero con un método filosófico nuevo que asuma además de la filosofía, otros saberes, y que le permita plantear el desarrollo del ser humano que pueda trascenderse.

En este sentido, pensar la vida, a la persona que la vive y lo sagrado que sustenta a ambas (entendiendo «sagrado» como la realidad que se nos presenta en tanto que misterio impenetrable que nos desborda), implica recuperar la revelación como modo de conocimiento de la realidad, modo de conocimiento de carácter pasivo. Por otra parte, para María Zambrano pensar la realidad cambiante de carácter temporal implica pensar lo universal que se me da de forma inmediata mediante la intuición y que al mismo tiempo me remite a otras realidades más profundas. Del mismo modo que sentir es el origen de la experiencia y el medio para adentrarnos en la realidad originaria. Todo ello desde una metafísica realista que permite que la persona pueda ocuparse de la realidad, haciéndose cargo de la misma.

§ 3. El concepto de persona en María Zambrano

Pero, ¿por qué hablamos de humanismo en relación a la metafísica de María Zambrano?

En una carta escrita en 1970 la pensadora enuncia los «puntos esenciales» de su pensamiento, entre los que destacamos: el examen de la filosofía griega en cuanto a la noción y puesto del hombre; el examen de las relaciones entre filosofía y religión, y el de la religión implícita en cada género de filosofía; la restitución o enquiciamiento del pensamiento filosófico a su fondo o raíz religiosa; el rescate de formas de conocimiento y de trato con la realidad, como la piedad; la búsqueda de los lugares en los que el hombre ha sido revelado; el análisis del tiempo en relación al ser humano y la definición de hombre como ser en el que se conjuga la actividad y la pasividad (Cf. Zambrano 2014, pp. 481-483).

Lo que demuestran estos puntos esenciales es el papel que adquiere en su metafísica el ser humano que nos lleva necesariamente a considerar su pensamiento como humanista. La definición de Zambrano de su filosofía apunta a la defensa de un humanismo que coloca a la persona en el centro de lo real, desde un punto de vista existencial, social y político, frente a filosofías contemporáneas antihumanistas que rechazan la idea de ser humano como sujeto autónomo.

Autores como Heidegger (Cf. 2000, pp. 11–91), el post–estructuralismo de Foucault (2012, pp. 11–40 y pp. 157–198), o más recientemente autores como Jean–Luc Nancy (2014, pp. 51–82), cargan contra conceptos como libertad, sujeto o progreso, porque consideran que el ser humano no tiene una singularidad constitutiva, y que es intercambiable por cualquier otro en un sistema de relaciones al que se somete, le define y le determina en un momento histórico, social y político determinado.

Sin embargo, para María Zambrano la tarea de la filosofía debe ser intentar devolver al ser humano su dignidad, ya que, para la autora, la persona es «algo original, nuevo, realidad radical irreductible a ninguna otra» (Zambrano 2007a, p. 154), un ser temporal que padece su propia trascendencia.

Podemos entender este concepto de trascendencia referido al ser humano en tres sentidos distintos:

Por una parte, el existir humano consiste en nuestro propio trascender en la temporalidad. Somos un «conato de ser» por lo que la persona tiene que ir desarrollándose, descifrando lo que siente, no conformándose con su ser recibido, sino asumirlo y completarlo desde su propia interioridad a lo largo del tiempo hacia la unión de vida y ser. «Pues que si se tratase [la persona] de un ser entero, enteramente ser, no tendría que entrar en la realidad; no tendría que entrar en el tiempo, ni en ningún otro medio. No tendría que pasar por nada» (Zambrano 2011a, p. 1023). Para ello habrá que afirmar el ser que nos

viene dado y que se revela en nuestra alma como vocación y destino, guiados por la esperanza. Esto lleva a que en la filosofía de Zambrano se produzca una conversión existencial hacia una religión de la esperanza, es decir, hacia la búsqueda de una historia ética desde la propia alma más allá de un determinismo impuesto, porque ser persona implica «rescatar la esperanza venciendo, deshaciendo la tragedia. La persona, la libertad, ha de afirmarse frente a la historia, receptáculo de la fatalidad» (Zambrano 2011b, p. 257).

> La esperanza es hambre de nacer del todo, de llevar a plenitud, lo que solamente llevamos en proyecto. La esperanza es la substancia de nuestra vida, su último fondo; por ella somos hijos de nuestros sueños de lo que vemos, ni podemos comprobar. Así fiamos nuestra vida en algo que no es todavía, a una incertidumbre. Por eso tenemos tiempo, estamos en tiempo, pues no tendría sentido consumirnos en él, si ya estuviésemos forjados del todo, si hubiésemos nacido enteros y acabados (Zambrano 2012, p. 112).

Y en *Los bienaventurados* afirma: «La libertad no es otra cosa que la transformación del destino fatal y ciego en cumplimiento, en realización llena de sentido. Y la esperanza es el motor agente de esta transformación ascensional» (Zambrano 2004b, p. 109).

Un segundo sentido de trascendencia nos llevaría a considerar que la metafísica que desarrolla Zambrano puede ser considerada una teología de carácter vivencial, en la que se busca restituir el vínculo originario de la persona con lo sagrado y reconocer su presencia constitutiva en el ser humano[2].

Por último, trascenderse implica tendencia mediante el amor hacia el otro que se revela al mismo tiempo como formando parte de mí mismo. Este amor que integra a la persona la conduce a su entrega, le exige hacer del propio ser una ofrenda. Este es el carácter oblativo de la filosofía de María Zambrano. Afirma la pensadora:

> El hombre ha de ir haciéndose no ya su vida, sino proseguir su no acabado nacimiento; ha de ir naciendo a lo largo de su vida, mas no en soledad, sino con la responsabilidad de ver y ser visto, de juzgar y ser juzgado, de tener que edificar un mundo en el que pueda quedar encerrado este ser prematuramente nacido, sin tiempo, sin libertad; y en esa situación entrar en el gran teatro del mundo sin saber tampoco su papel a representar (Zambrano 2011a, p. 1003).

[2] Cf. Juan Fernando Ortega Muñoz, «Muerte y resurrección de la metafísica en María Zambrano», en: *María Zambrano, Pensamiento y exilio,* coordinado por Antolín Sánchez Cuervo, Agustín Sánchez Andrés y Gerardo Sánchez Díaz (Madrid: Biblioteca Nueva, 2010), pp. 222-223.

Estos tres sentidos de trascendencia nos llevan a hablar de un concepto de persona concebido como ser libre, en relación con lo otro, que no pierde por ello su irreductible interioridad. El hecho de que la persona se trascienda implica por una parte que puede hacerse y elegirse libremente a lo largo del tiempo y por otra, que no quede dentro de los límites de su subjetividad, es decir, de su individualidad psíquica, espiritual y física.

De aquí podemos sacar tres consecuencias: qué sea mi vida, mi espacio vital, va a venir condicionado por quienes me rodean y mi relación con ellos y conmigo mismo, porque el espacio lo construye, en un sentido griego, la relación con los demás. Esto es por lo que, según Zambrano, la democracia es el único sistema político que tiene como condición de posibilidad a la persona misma. Para la filósofa la democracia es «la sociedad en la cual no sólo es permitido sino exigido el ser persona» (Zambrano 2004d, p. 133), tal y como afirma en su libro *Persona y democracia*.

La segunda consecuencia es que la libertad inherente a la persona conlleva la posibilidad de que se desarrolle a lo largo del tiempo con la opción radical de tener que asumirse y aceptar aquello que es:

> Y el hombre, o bien difiere de su propio ser o bien dentro de su ser hay algo que le exige ir más allá de él; trascenderlo, trascenderse. […] Sólo cuando el hombre acepta íntegramente su propio ser comienza a vivir por entero. Su diferir de su propio ser […] y la posibilidad que inexorablemente se le actualiza de hacer algo con él, frente a él, o contra él, ya que el hombre puede contraserse, manifiesta en modo evidente la existencia en él de eso que se ha llamado libertad (Zambrano 2011a, p. 1022).

Por último, la tercera consecuencia es que para Zambrano y desde la influencia de San Juan de la Cruz, el quietismo de Miguel de Molinos[3] o el Maestro

[3] Sin embargo, no acepta la solución que plantea Miguel de Molinos al problema de la nada como «Abandonarse a la nada es la salida del infierno de la temporalidad; el perderse en la noche de los tiempos, dejando la historia, la conciencia y la responsabilidad aparejadas a toda pretensión de ser. El retorno, eterno por definitivo», Zambrano (2011b, p. 212). Buscará otra solución que vendrá de la mano de San Juan de la Cruz, en la que la experiencia de la nada va a permitir al ser humano vaciarse de ser para que lo sagrado venga a ocupar ese lugar interior. «La resistencia al ser propio del hombre es la nada, y la nada es Dios, lleva a Él; dejarse caer, hundirse en la nada es hundirse en el fondo secreto de lo divino», Zambrano (2011b, p. 211). El sentir iluminante que se forja en la interioridad misma sólo puede venir tras haber sacrificado al yo. Este es el camino para alcanzar la unión con lo divino, tal y como lo plantea la autora.

Eckhart[4], será fundamental la vivencia de la nada como última manifestación de lo sagrado. La vivencia de la nada es la posibilidad que tiene el individuo de trascenderse y romper con su solipsismo para buscar lo radicalmente otro. «Es el amor el que descubre la realidad y la inanidad de las cosas, el que descubre el no–ser y aun la nada» (Zambrano 2011b, p. 273). Sólo recobrando lo divino como manifestación de lo sagrado, podrá la persona recuperarse. En el *Hombre y lo divino* afirma la autora: «Y liberarse humanamente es reducirse; ganar espacio, el "espacio vital", lleno por la inflación de su propio ser. [...] Reducir lo humano llevará consigo, inexorablemente, dejar sitio a lo divino, en esa forma en que se hace posible que lo divino se insinúe y aparezca como presencia y aun como ausencia que nos devora» (Zambrano 2011b, p. 108).

La realización de la persona consistirá en recorrer el camino de la trascendencia en la propia vida buscando la unión de vida y ser, a través del padecimiento de la realidad. Para ello habrá que asumir el destino de cada uno y el propio ser que nos viene dado como vocación, movidos por la esperanza. Lo cual hace necesario que el ser humano se adentre en su interioridad, lugar en el que se produce el encuentro con lo real mediante un saber de experiencia, para desde ahí llevar a la existencia aquello que ha sido revelado de su propio ser. Saber guiado por un método, la razón poética, que se presenta al mismo tiempo como posible camino vital.

[4] En el caso del Maestro Eckhart, éste distingue entre Dios y la deidad a la que denomina la «esencia de Dios» o «Dios en sí mismo» al que considera la nada absoluta. Esto no significa que distinga dos dioses, sino que la nada es el lugar donde todos los modos de ser son trascendidos, incluso el ser de Dios en cuanto creador; puesto que la forma que tiene Dios de revelarse es trascendiéndose. Para Eckhart, por tanto, la esencia de Dios sólo puede revelarse como nada absoluta. Del mismo modo, el nacimiento de Dios en el alma humana se produce cuando la persona se deshace libremente de su propio ego. La progresiva disolución del alma humana va a permitir el progresivo encuentro con la esencia de Dios y al mismo tiempo, el progresivo desvelamiento de la propia alma de forma más verdadera que tendrá como consecuencia ser uno con Dios. De este modo, «Cuando el alma llega a lo uno y allí entra en un rechazo puro de sí misma, encuentra a Dios como en una nada». Maestro Eckhart (2006, p. 35).

Este camino es al que atiende Zambrano, considerándolo un camino que devuelve al hombre la esperanza de encontrarse con la realidad y de restituir al mismo tiempo la relación originaria con lo sagrado. Pero al mismo tiempo, para Zambrano la nada se presenta como resistencia y como elemento activo que va a permitir que el individuo se desposea para que se pueda dar el encuentro con lo divino. Abandonarse a la nada supone padecerla y desde ahí abrirnos hacia la libertad para encontrarnos con lo trascendente.

§ 4. El valor de la mirada. Arte y educación.

Antonio Machado, uno de los pensadores que más influyó en la metafísica de María Zambrano, consideraba que todo su pensamiento podía resumirse en estos tres versos: «"Mis ojos en el espejo/ son ojos ciegos que miran/ los ojos con que los veo". En una nota hace constar Abel Martín que fueron esos tres versos los primeros que compuso y que los publica, no obstante, su aparente trivialidad o su marcada perogrullez, porque de ellos sacó, más tarde, por reflexión y análisis toda su metafísica» (Machado, 1989, p. 672).

Y es que en estos versos ya se enuncia la presencia del otro como «tú esencial» que aparece como la posibilidad ontológica y gnoseológica de superar el solipsismo de la conciencia en el que se encuentra el individuo propio de la sociedad contemporánea, producto de la metafísica del ser. El otro real que me constituye sólo podrá ser conocido a través del amor. Y el amor es tendencia hacia la alteridad, lo vivo, lo no pensado, aquello que se revela como inmanente al sujeto mismo.

> Se trata, pues, de crear o de descubrir al menos alguna creación posible, una creación no de otro ser, sino de una conjunción entre el pensar y el amor. Quizá ésta: «si un grano del pensar arder pudiera/ no en el amante, en el amor, sería/ la más honda verdad lo que se viera». ¿Y el verla sólo, nos decimos, nos bastaría? Nos bastaría, aunque su inmediata acción se nos enuncia así: «y el espejo de amor se quebraría, roto su encanto» (Zambrano 2007b, p. 147.

Esta experiencia de trascendencia hacia lo heterogéneo y antagónico nos conecta con la realidad sin llegar por ello a que el sujeto se anule al identificarse con el objeto de conocimiento. «Y si la actitud hacia la realidad condiciona su conocimiento y hasta relativamente su presencia efectiva es porque la libertad humana se manifiesta en esto como en todo —hasta en eso— pudiendo hacer decir no, o sí, frente a ella. Lo cual significa entre otras cosas que la realidad hay que descubrirla y que antes de descubrirla hay que buscarla» (Zambrano, 2007a, p. 147).

La necesidad de ver lo otro, de atenderlo, de percibir aquello que no soy yo nos remite al arte y la educación como herramientas fundamentales para formar esta mirada, apuntando a la construcción de una persona y una sociedad al mismo tiempo basada en la sensibilidad, el respeto y la dignidad que reconocemos en los demás y que al mismo tiempo los otros reconocerán en mí; ya que, como hemos señalado anteriormente, la persona es un ser que va haciéndose, en su relación con los otros y consigo mismo, en la que no hay

nada conquistado, ni definitivo. «Y así, al filo del oído, de los errores, podemos discernir esa última y secreta, indefinible esperanza que nos habita de ser llamados por nuestro nombre por alguien y aun por algo que no conocemos, de oírnos llamar de una vez por todas, una voz que nos procure la íntima certeza de sabernos conocidos del todo, enteramente identificados por alguien o por algo más allá de lo cotidiano» (Zambrano 2007a, p. 58).

Para ello hay que atender al mismo tiempo a lo que sentimos, «descifrar lo que se siente, percibir con cierta nitidez lo que dentro de uno mismo pasa, es una exigencia del ser persona. La vida que dentro de nosotros fluye pide cierta transparencia» (Zambrano 2007a, p. 57).

El arte permite descifrar la realidad. La obra de arte se presenta como pregunta, como interrogante que abre el diálogo con aquello que me interpela. Atender a la obra implica que el espectador en su experiencia estética se convierta en coautor de la misma al contemplarla e interpretarla desde las propias vivencias y desde la propia comunidad apelando para ello a experiencias y sentimientos comunes. Al mismo tiempo, comprender la obra de arte, cargarla de sentido, alude a la comprensión como una categoría propiamente humana.

La experiencia estética ancla al espectador a lo real, detiene el fluir temporal, y, lo conduce a la catarsis, en un sentido aristotélico, como liberación de las pasiones que reconoce como suyas en la obra de arte y como transformación interior en la que lo dramático se junta con lo litúrgico.

Por otra parte, en María Zambrano se da una profunda vocación intelectual como un interés por los temas sociales y políticos que lleva a que su preocupación por los temas educativos sea abordada desde distintos ángulos, siempre teniendo como centro la persona. De hecho, sus reflexiones sobre educación, junto con su pensamiento filosófico y su talante intelectual que busca un pensamiento autónomo y creativo, supusieron una forma determinada de hacer filosofía y de plantear su propia experiencia vital.

La educación debe tener como centro la formación de la persona a través de la tarea mediadora del maestro para que el alumno pueda encontrar su vocación y conseguir una vida creadora y auténtica. El reconocimiento de las necesidades intelectuales, afectivas, creativas, emocionales, etc. es fundamental en educación, ya que el ser humano es lo que puede llegar a ser, es decir, un ser proyectado al futuro. Su no acabamiento permite y posibilita la educación, como una necesidad del ser humano para desarrollarse plenamente. Para ello, Zambrano concede gran importancia a la dimensión educativa de la filosofía, porque, como dice la pensadora: «Nadie puede negar, ni siquiera desconocer la

estrecha relación que existe entre el pensamiento filosófico y la acción educativa» (Zambrano 2007a, p. 149).

Las líneas fundamentales del proyecto educativo que hay diseminado en sus escritos serían: Descifrar lo que se siente de modo que pueda orientar la propia vida; transitar los lugares olvidados por el racionalismo para desvelar la realidad originaria o aquellos lugares donde ya se ha revelado al ser humano; intentar mejorar la sociedad aprendiendo a comprometernos con los demás, mejorando con este fin a la persona, y para que sea el lugar en el que pueda estar permitido el desarrollo del ser humano en sus distintas formas de autorrealización; y por último, hacer al ser humano autónomo y crítico permitiéndole de este modo que pueda transformar la realidad que le rodea siendo miembro activo de la sociedad.[5]

Pero la persona sólo puede ser dueña de sí misma educándola de forma que pueda encontrar formas mediadoras como el amor, el arte, la poesía, etc., que le permitan transformar su vida en todas sus dimensiones desde un saber amplio e integrador y ejercer su propia libertad buscando su propia vocación, que es concebida como esperanza de trascendencia y al mismo tiempo, manifestación de nuestro propio ser.

§ 5. La piedad como forma de trato con lo otro

Para María Zambrano la salida de la tragedia que planteaba Unamuno[6] viene de la mano del amor concebido como reconciliación con el otro.

> Y la cuestión que se presenta es si el hombre puede, en verdad, estar entera, absolutamente solo. A su lado va «el otro», el otro sombra de sí mismo, como Unamuno alumbrara en su tragedia –una de las raras tragedias modernas logradas– *El otro*. ¿Quién es «el otro»?. El hermano invisible, o perdido, aquel que me haría ser de veras si compartiera su existir conmigo; si nos integráramos en un ser único, a quien ya no le podría ser dirigida la pregunta terrible: «¿Qué has hecho de tu hermano?» (Zambrano 2011b, p. 214).

[5] Cf. Juana Sánchez-Gey, Ángel Casado, «Filosofía y educación en María Zambrano», en *Revista Española de Pedagogía* 65 (2007): pp. 545-557.

[6] «[...] la tragedia de Unamuno nos lleva a este punto metafísico de confluencia entre Dios, el hombre y ese terrible ser sin figura; entre el ser que enteramente es, el que quiere y lucha por ser —esta lucha se llama vida— y el que no es ni será nunca porque su esencia es horror por ser, horror por la forma. La tragedia unamuniana está en la raíz misma de la vida del hombre, entre los dos polos, el ser y la nada; el deseo de ser y el horror de la forma». María Zambrano, *Unamuno* (Barcelona: Debate, 2003), p. 148.

En este sentido, la piedad, concepto que recoge de la mística, como forma genérica de trato con lo cualitativamente diferente, con lo diverso, lleva a la persona, debido a su carácter trascendente, a tratar adecuadamente con la realidad. Así la define Zambrano: «Piedad es sentimiento de la heterogeneidad del ser, de la cualidad del ser, y es anhelo por tanto de encontrar los tratos y modos de entenderse con cada una de esas maneras múltiples de realidad» (Zambrano 1989, p. 21). Por ejemplo, más allá de las posibles lecturas que se han hecho de estos cuadros, el *Guernica* de Picasso o *La Balsa de la Medusa* de Géricault, nos producen el sentimiento de la piedad ante el dolor y sufrimiento de las víctimas en las que reconocemos una humanidad común. A través del trato con los demás la persona tomará conciencia de sí mismo y podrá al mismo tiempo trascenderse hacia lo otro.

Así afirmaba Zambrano en una carta dirigida a Rafael Dieste: «Concibo la piedad como la forma genérica de relación con la realidad, con lo cualitativo, con lo irreductible a razón» (Zambrano 1991, p. 120). La piedad se convierte en la primera forma de trato con lo sagrado, el más importante de los sentimientos positivos que la persona puede sentir porque es el primigenio y al mismo tiempo abarca a todos los demás. Si la existencia humana tiene como base el sentir, tal y como afirma la autora, este sentir deberá estar determinado por la piedad, puesto que va a permitir poder empatizar con lo otro que hay fuera de mí.

> Saber tratar, sí, con lo diverso, con los distintos planos de la realidad que al ser armonía ha de ser múltiple. Saber tratar con lo cualitativamente diferente: tender puentes entre los abismos «existenciales», que hoy se diría. Saber tratar con la mujer, el loco, el enfermo; saber tratar con el mundo que es siempre lo otro –el no–yo–. Saber tratar con lo sagrado, poniéndose una máscara cuando hace falta y callar a tiempo; saber de conjuros y de exorcismos; poder descender a los infiernos una y otra vez, y hasta saber morir en vida todas las veces que haga falta. Saber tratar con los muertos y con sus sombras. Y, sobre todo, saber tratar con lo «otro» en sentido eminente: El otro (Zambrano 2004a, p. 383).

§ 6. A modo de conclusión

Como hemos ido viendo, la propuesta metafísica de María Zambrano se puede considerar un nuevo humanismo que da respuesta a la crisis que estamos viviendo y que esta filosofía presenta retos y abre vías que señalan caminos a desarrollar en el humanismo del mañana.

Por otra parte, este nuevo humanismo que plantea Zambrano supone un compromiso ético y social basado en el amor y la piedad como realización de lo humano. Por tanto, se nos presenta como un cuestionamiento personal y social

que nos permite abrir vías hacia un humanismo futuro que dé respuesta a los retos que se planteen en relación con la persona.

REFERENCES

CASADO, Ángel. y SÁNCHEZ–GEY, Juana (2007). «Filosofía y educación en María Zambrano». *Revista Española de Pedagogía* (65), pp. 545–557.

FOUCAULT, Michel (2012). *Vigilar y castigar.* Madrid: Editorial Biblioteca Nueva [Traducción de Aurelio Garzón del Camino].

HEIDEGGER, Martin (2009). *Ser y tiempo.* 2ª ed. Madrid: Editorial Tecnos [Traducción, prólogo y notas de Jorge Eduardo Rivera C.].

HEIDEGGER, Martin (2000). *Carta sobre el humanismo.* Madrid: Alianza editorial [Traducción de Helena Cortés y Arturo Leyte].

MACHADO, Antonio (1989). *Poesía y prosa. Tomo II.* Madrid: Espasa Calpe y Fundación Antonio Machado.

MAESTRO ECKHART (2006). *El fruto de la nada.* Madrid: Siruela.

NANCY, Jean–Luc (2014). *¿Un sujeto?* Buenos Aires: Ediciones La cebra [Traducción de Luis F. Alarcón].

ORTEGA MUÑOZ, Juan Fernando (1987). «Presencia de san Agustín en María Zambrano». *Anuario jurídico y económico esculiarense* (19–20), pp. 327–346.

ORTEGA MUÑOZ, Juan Fernando (2010). «Muerte y resurrección de la metafísica en María Zambrano». En: *María Zambrano, Pensamiento y exilio,* coordinado por Antolín Sánchez Cuervo, Agustín Sánchez Andrés y Gerardo Sánchez Díaz. Madrid: Biblioteca Nueva, pp. 193–266.

TEJADA, Ricardo (2013). «Maria Zambrano et Ramon Xirau : une certaine France, bergsonienne, dans les valises de deux philosophes républicains espagnols». *Cahiers de civilisation espagnole contemporaine* [En ligne], 11 | 2013, mis en ligne le 26 septembre 2013, consulté le 19 janvier 2018.*** URL: http://ccec.revues.org/4833; DOI: 10.4000/ccec.4833.

ZAMBRANO, María (1989). *Para una historia de la piedad.* Málaga: Torre de las palomas.

ZAMBRANO, María (1991). «Carta a Rafael Dieste, París 28 de septiembre de 1947». *Boletín Galego de Literatura* (6), p. 120.

ZAMBRANO, María (2003). *Unamuno.* Barcelona: Debate.

ZAMBRANO, María (2004a). «Carta abierta a Alfonso Reyes sobre Goethe». En: *La razón en la Sombra: Antropología crítica,* editado por Jesús Moreno Sanz. Madrid: Siruela.

ZAMBRANO, María (2004b). *Los bienaventurados.* Madrid: Siruela.

ZAMBRANO, María (2004c). *Pensamiento y poesía en la vida española*, edición de Mercedes Gómez Blesa. Madrid: Biblioteca Nueva.

ZAMBRANO, María (2004d) *Persona y democracia: la historia sacrificial.* Madrid: Siruela.

ZAMBRANO, María (2007a). *Filosofía y educación. Manuscritos,* edición a cargo de Juana Sánchez–Gey Venegas y Ángel Casado. Málaga: Ágora.

ZAMBRANO, María (2007b). *Algunos lugares de la poesía,* editado por Juan Fernando Ortega Muñoz. Madrid: Trotta.

ZAMBRANO, María (2011a). *El sueño creador.* En: *Obras completas III. Libros (1955–1973),* edición dirigida por Jesús Moreno Sanz. Barcelona: Galaxia Gutenberg–Círculo de lectores.

ZAMBRANO, María (2011b). *El hombre y lo divino.* En *Obras completas III. Libros (1955–1973)*, edición dirigida por Jesús Moreno Sanz. Barcelona: Galaxia Gutenberg–Círculo de lectores.

ZAMBRANO, María (2011c). *Notas de un método.* Madrid: Tecnos.

ZAMBRANO, María (2012). *Hacia un saber sobre el alma.* Madrid: Alianza.

ZAMBRANO, María (2014). *Chère Madame*, M–447. En: *Obras completas VI. Escritos autobiográficos. Delirios. Poemas (1928–1990). Delirio y destino (1952),* edición dirigida por Jesús Moreno Sanz. Barcelona: Galaxia Gutenberg–Círculo de lectores.

ZAMIÁTIN, Evgeni (2008). *Nosotros.* Madrid: Ediciones Akal. [Traducción de Sergio Hernández–Ranera].

NOTES ON CONTRIBUTOR

Mª ÁNGELES JIMÉNEZ HERRERA es Secretaria de la Catedra Iberoamericana de Filosofía, Educación y Cultura de la Universidad de Granada y Profesora de filosofía en el I.E.S. Arabuleila de Granada, España. Doctora en Filosofía [≈ PhD] por la Universidad Autónoma de Madrid con la tesis «La metafísica experiencial en María Zambrano». Sus principales áreas de interés son la filosofía española, la metafísica y la estética. Entre sus publicaciones se encuentran sus artículos: «Un acercamiento a la moda desde la filosofía de María Zambrano», *Daimon* Suplemento 5 (2016), pp. 507-514; y «El pensamiento de José Val del Omar: claves de su *mecamística*», Revista Monograma 1 (2017), pp. 55-76

CONTACT INFORMATION

I.E.S. Arabuleila, Calle Maestro Diego Montes, 2, 18195 – Cúllar Vega (Granada), Spain. e–mail (✉): jimenezherrera79@hotmail.com.

HOW TO CITE THIS ARTICLE
Jiménez Herrera, Mª Ángeles (2019). «Nuevas vías para el humanismo en la filosofía de María Zambrano». *Disputatio. Philosophical Research Bulletin* 8, no. 10: pp. 00–00.